

Antropoide de fondo*

Contemplando desde mi balcón el panorama de París

Hay algo en el fondo de nuestro cuerpo del antropoide de que descendemos que debe de sentirse atónito ante esa cosa extrañísima que le ha llevado a él, con nosotros, en nosotros, hasta este universo de rascacielos e ingenios técnicos: la conciencia humana. Ese resto de antropoide primigenio es el que nos inspira el asombro que, pese a la rutina civilizatoria, nos atenaza en nuestros momentos de intuición ingenua ante este universo que hemos creado y que nos crea cada vez más a nosotros. Imaginemos: qué aventura prodigiosa si se pudiera soltar a uno de esos antropoides parahumanos, los homínidos, ya con alguna chispa más o menos vigorosa de conciencia, en medio de una gran urbe moderna. ¿Cuál sería su reacción? ¿Perdería esa chispa de conciencia y retornaría al primitivo estado de naturaleza? ¿O se volvería loco y entonces, de un salto, se volvería ya plenamente humano? (Pero ¿puede concebirse un animal loco?) La conciencia es extrañeza del mundo natural, pero ¿hay algo más extraño dentro de éste que la conciencia? La simple afirmación de que la conciencia está *dentro del mundo natural* es ya de una radical incongruencia. ¿Cómo puede estar lo temporal en lo extenso, el tiempo en el espacio? El sobresalto de nuestro antropoide de fondo ante la conciencia se cruza quizás en los vericuetos de nuestro organismo viviente con el sobresalto de nuestra conciencia ante el misterio impenetrable de lo natural, del antropoide que es nuestro origen.

Descubrimiento de la belleza

El corpulento y peludo homínido, de pie, pero encorvado, largos los brazos un poco colgantes y cortas las piernas en ligera comba, sube, alguna

* Del libro inédito *A contratiempo*.

vez a cuatro patas, por las rocas del serrijón. El sol se va hundiendo lento y solemne por entre los cúmulos y cirros del crepúsculo, incendiándolos en soberbia hoguera. El homínido se apoya a veces, para escalar, en un largo y pelado hueso de animal, que le sirve de bastón y de arma al mismo tiempo. En la mano izquierda lleva una piedra tallada muy toscamente, puntiaguda y cortante. En su desnudez asciende ágil y poderoso por los roquedos, salta con facilidad de antropoide por encima de las rieras y barrancas, se detiene a veces husmeando el aire ya ligeramente húmedo del crepúsculo. Y simultáneamente hace girar sus ojos con rapidez en sus sombrías concavidades. Con la presa del día —un hermoso impala— ha saciado su hambre, junto con sus compañeros de horda. Pero su instinto de caza no le abandona nunca. Por eso mira a su alrededor con su aguzada vista y husmea en el aire el olor de la posible presa. Tras el gran festín de carne pasada someramente por el fuego ha sentido un vivo deseo de estar solo, deseo muy raro y siempre turbador. Es como si de repente sintiera, ahora que está ahíto, un vacío en el estómago. Eso le ha hecho gruñir vagamente hacia sus compañeros, mientras daba un ligero empujón (quizá quería ser amable, ¿o era un aviso?) a su pareja, que es ya *su* pareja, un homínido hembra de corta estatura y cuerpo comparativamente mucho más fino y grácil; ésta se le ha quedado mirando inmóvil, con actitud y ojos sumisos, mientras él se apartaba del grupo. Ahora que asciende la sensación de vacío en la boca del estómago se ha ido disipando. Pero el deseo de estar solo se ha vuelto más vivo, turbadoramente acuciante. Algo extraño le impulsa hacia la cima del roquedal sin ningún fin concreto. Sigue subiendo pero no sabe para qué. Ahora la sensación de vacío es más bien la de flotar: se siente ligero por dentro y como un poco mareado. Se detiene un momento agarrándose a un árbol de aspecto canijo, de los pocos que pueden verse por estos parajes altos, apartados del valle. Y vuelve el rostro hacia atrás, hacia el sol que se pone majestuoso por occidente, más allá, mucho más allá del ancho y pardo valle africano por donde la horda persigue sus presas y defiende (con muchas dificultades) su territorio de otras hordas codiciosas. El homínido termina de escalar el roquedo. Deja su arma-bastón apoyada en un mogote, suelta la piedra en el suelo y se sienta en lo alto. Husmea de nuevo el aire, como si gustara la frescura del crepúsculo. Y se pasa la peluda mano por la cabeza de revueltos cabellos. Mira ahora hacia el incendio de las nubes en el horizonte, una explosión de tintes rojos, rosados, amarillos, violetas... Y se queda totalmente inmóvil. Sus inquietos ojos están ahora clavados en el sol enorme que entre nubes empieza a ocultarse tras la raya del horizonte. Un leve gruñido sale de su boca. Y hay en todo su rostro como una luz de sorpresa. Una luz que fulge particularmente en la mirada de sus ojos, ahora inmóviles y redondos. Una pa-

reja de impalas pasan dando pequeños saltos a pocos metros del homínido. Pero éste no se inmuta. Lejos desde el valle llega asordado el grito de llamada de la horda. El peludo ser sentado en lo alto de la roca parece no oírlo. Apoya sus brazos en la piedra a su espalda, el cuerpo echado ligeramente hacia atrás, y el rostro se le va demudando, iluminado por el tornasol del crepúsculo, mientras sus labios se abren ligeramente en algo que se diría una sonrisa y sus ojos parecen velarse tenuemente con un halo húmedo... En ese instante único el hombre ha terminado de nacer, en un parto de centenares de miles de años. Después de haber aprendido a fabricar el arma-herramienta de que se sirve su mano, hecho ya el descubrimiento fundacional del fuego, *el homínido acaba de descubrir la belleza*. Y el hombre pisa ya firmemente las regiones de su aurora. Centenares de miles de años más adelante Diego Velázquez se dispone a captar con sus pinceles la luz rosada del poniente en la sierra madrileña; Juan Sebastián Bach se sienta ante su clave trazando con sus ágiles dedos las espirales del *Arte de la fuga* mientras por la vidriera del alto ventanal de su casa de Leipzig penetran los últimos rayos del sol; y Friedrich Nietzsche contempla absorto el crepúsculo desde las alturas de la Engadina meditando sobre el superhombre.

Contra la cultura de la muerte

Comprendo a Elías Canetti cuando proclama colérica y repetidamente (véase su libro *La provincia del hombre*) su odio inextinguible a la muerte. Cortante y apasionado, nos invita a una cruzada general e implacable contra el fantasma que nos hiela la sangre, a una *guerra a muerte contra la muerte*. Lo grave podría ser que ese odio a la muerte se nos convirtiera en odio a la vida. El resbalón es casi inevitable. Porque ¿qué es la muerte sino el fin de la vida? Odiar la muerte es, pues, odiar el fin de la vida. Pero ¿puede la vida humana tener sentido si no tiene fin, si no se acaba? Todo en la vida de un hombre está hecho para pasar, para extinguirse, desde el amor hasta sus riñones, desde la alegría del niño que juega hasta la alegría del adulto que escucha una sonata. La vida que conocemos y que amamos con toda nuestra carne y todo nuestro alma es así, es vida, porque no es eterna, *porque se acaba*. Si nuestra vida fuera eterna, pese a toda su hermosura y su exaltación, la odiaríamos. Pediríamos a la naturaleza que creara la muerte, como tan sensatamente decía Montaigne. El cual, y ahí está la paradoja, tenía un vivísimo miedo a la muerte. Como cualquiera de nosotros, por lo demás. Esa aporía no hay quien se la salte, filósofo o porquero. Pero la verdad es la verdad. Acostumbremos a ella